

que sus macizas torres se erguían orgullosamente en la colina, en medio de la blancura de su manto de piedra, que no habían obscurecido aún ni el orín ni la lluvia. Cuando penetramos en estas ruinas y cuando escalamos los escombros que el tiempo ha ido amontonando con incansable asiduidad, contemplamos desde lo alto la llanura. Al pie de la colina se extendía la aldea, atravesada por el riachuelo, cuyo peaje pertenecía al señor. Más allá extendíase, hasta perderse de vista, el campo salpicado acá y acullá por algunas aldeas, alguna abadía ó algún castillo de los alrededores. No puede uno menos preguntarse cómo es posible que aquellos horizontes de verdura constantemente divisados á través de las vidrieras del castillo ó desde lo alto de las torres, no hayan logrado inspirar más profundamente á aquellos poetas castellanos. De ellos hubiera podido decir Parny lo mismo que de los versos de Saint-Lambert : « Son mirtos cuyas hojas no exceden la una á la otra. »

No quiere decir esto que desconociesen la naturaleza, sino que estaban demasiado familiarizados con ella, y el hábito embotaba en ellos la facultad de observación. Ésta no debía ser, por otra parte, muy intensa, si se tiene en cuenta que aquellos troveros habían atravesado, en su mayor parte, á Europa, y recorrido los sitios grandiosos y admirables del Oriente sin que sintiesen vibrar nada en su espíritu y sin que llegasen á variar la fórmula corriente de « el ruiseñor que canta en la enramada. »

Las Canciones de Amor abundan en encantadoras comparaciones, sacadas con mucha frecuencia de los Bestiarios, y en las que figuran el pelícano, la primavera, los astros, el sol, la prisión, la calandria, el unicornio, y el fénix.

Encuéntanse en ellas las huellas de esa poesía alegórica que llegó á su completo desarrollo en el *Poema de la Rosa*, para adquirir después una extensión tan sensible como prolija. No son los trovadores los que han creado los antecedentes del género alegórico, pues ya lo conocían y cultivaban los troveros.

Justo sería reconocer que los autores del *Poema de la Rosa* no hicieron más que tomar prestado todo este galante atavío de sus antecesores y, muy especialmente, del rey de Navarra que, por lo menos, no había llenado con él veinte mil versos.

Si Pedro de Gante precedió á Guillermo de Lorris, es una razón más para creer que Guillermo no hizo más que desarrollar un lugar común que habían empleado ya otros antes que él.

En efecto, habían ya servido á los autores de aquellos *fabliaux* llenos de refinamientos de igual género, en los que hallamos, por ejemplo, esta descripción alegórica de una nave :

Le fond est de Mauvaise Pensée  
Et est de Trahison bordée,  
Et de Honte très bien polie.  
Et clouée de Vilenie<sup>1</sup>.

La alegoría floreció entre las canciones de amor; por lo tanto no puede decirse que el *Poema de la Rosa* fuese su primera manifestación. Lo que sí es justo observar, es la gracia y la perfección de la forma, la expresión poética de sentimientos delicados, la candidez, á veces imprevista, de la imagen y, con frecuencia, la emoción y la sensibilidad. Hasta la uniformidad en el tono de estas piezas-cantos modulados bajo el imperio de impresiones análogas causa cierto agrado; es una nota melodiosa aunque no sonora, que se prolonga y se pierde en una monotonía quejumbrosa y lírica. Creeríase oír aún la melopea casi monocorda de la viola.

En más de una de estas canciones se halla verdadero lirismo<sup>2</sup>. Bajo estos versos, tan delicadamente y con tanta paciencia trabajados, si no siempre con genio, se siente á veces latir un corazón. Déjase uno adormecer por esta música poética y se encuentra en ella un nuevo atractivo. Esto basta para explicar el éxito que obtuvieron las Canciones de Amor<sup>3</sup>. Su fama creció muchísimo, si hemos de dar crédito al trovero que vió un día el cielo abierto porque Dios deseaba venir á aprender la poesía en Arrás. Luego que oyó, tras otros muchos, cantar á Gillebert « á su dama querida », declaró que quería seguir sus pendones.

En el extranjero mismo se cantaban y apreciaban las *canciones de Amor*. Brunetto Latini habla de ellas con elogio, y Dante las cita varias veces en su libro de *Vulgari Eloquentia*.

Aun pueden gustarse hoy día. Seguramente la mayor parte de estos *alegres cantos* no estaban destinados á vivir tan largo tiempo, y para los que los volvemos á encontrar en su idioma, anticuados, despojados de la melodía que los animaba, han perdido la flor de su primitiva alegría. Sin embargo cuando se despiertan, échase de ver que el siglo XIII no era en modo alguno esa época silenciosa y sombría que han querido pintarnos muchos historiadores.

Luego llega uno á pensar que si la letra de nuestras canciones y

1. Cala de Mal Pensamiento  
Con las bordas de Traición;  
Con barniz de desvergüenza  
Y clavos de deshonor.

2. El elemento lírico era tan importante en aquella época que hasta se aplicaba á obras que nada tenían de líricas, como *El Laberinto* de Juan de Mena. Esta obra se cantaba en su tiempo según el testimonio del célebre Francisco de Salinas. (N. del T.)

3. La afición á esta clase de canciones amorosas cundió en España como una epidemia. Todo se volvían trovas, decires, lais, romances, etc. El rey Alfonso de Aragón, en una célebre balada provenzal, afirma que « no serán objeto de su canto ni la nieve, ni el hielo, ni el verano, sino Dios y el amor ». De aquí el lema caballeresco : ¡ *Por mi Dios y por mi dama!* (N. del T.)

romances está destinada á llegar á la posteridad, sólo deseáramos á los modernos cancioneros que sus obras conservasen aún, como aquéllas, el mismo brillo y sabor al cabo de setecientos años.

Con el siglo XIII desaparecieron las tradiciones de la poesía expresiva, lírica y sincera. La vena épica se había agotado. El lirismo se renueva pero sólo en sus formas. « Es verdad, dice Esteban Pasquier, que así como todas las cosas cambian con el tiempo, así también nuestra poesía francesa, después de haber permanecido largos años de barbecho, empezó á recibir en sus viejos troncos injertos que dieron nuevos frutos, antes desconocidos á nuestros antiguos poetas; fueron éstos cantos reales, lais, baladas y rondeles. Estos pequeños poemas de formas fijas, y que eran muy cortos, hacían descansar el ánimo de aquéllas obras prolifas que contaban hasta veinte ó treinta mil versos.

Los poetas del siglo XIV que merecen mención especial son: Guillermo de Machaut, Juan Froissart y Eustaquio Deschamps.

Guillermo de Machaut era uno de esos poetas que formaban parte del tren de las casas grandes, lo mismo que una pintura ó un hermoso mueble. Antes del descubrimiento de la imprenta, la dificultad de procurarse una biblioteca había creado entre los romanos esta especie de servidumbre poética. Las buenas familias tenían su poeta lo mismo que su médico. De este modo estaban siempre seguras de no verse nunca totalmente desprovistas de literatura, pues tenían el árbol á su disposición para poder coger la fruta á su sabor.

Guillermo de Machaut sirvió á varios amos: al rey de Bohemia, al rey de Navarra y al de Chipre.

El rey de Bohemia, como saben los lectores, fué Juan de Luxemburgo, suegro de Juan el Bueno; es decir, un aventurero que anduvo siempre recorriendo á Europa y que murió gloriosamente en Crécy en 1346: habiendo quedado ciego se hizo atar sólidamente sobre su caballo y se lanzó en lo más espeso de los enemigos que le dieron muerte; pero su heroica hazaña arrastró á los batallones ébrios de bravura.

El rey de Navarra fué Carlos el Malo.

El rey de Chipre fué Pedro de Lusínán, el mismo que intentó inútilmente renovar el agotado esfuerzo de las Cruzadas.

Bajo estos diferentes amos escribió Guillermo: *El Juicio del rey de*

*Navarra; Consuelo de Amigo; La Toma de Alejandría; La Historia Verdadera; el Vergel; Los Cuatro pájaros, etc.*

La primera de estas obras, *El Juicio del rey de Navarra*, dedicada á Carlos el Malo, es un poema de casuística amorosa que empieza, como en Boccacio<sup>1</sup>, con la descripción de la famosa peste de 1348.

*El Consuelo de Amigo* es una buena acción, — un consuelo dirigido al rey de Navarra, preso por el rey Juan en 1336; los versos son muy lindos y el sentimiento delicado, sobre todo en las quejas que inspira al prisionero el recuerdo de su joven esposa Juana de Francia.

*La Toma de Alejandría* es el último poema épico inspirado en hechos históricos; el estilo es prosaico y marca la transición hacia la historia escrita en prosa. Cuenta nueve mil versos octosilábicos, fué escrito en 1370 y refiere el intento infructuoso de una nueva cruzada, por el rey de Chipre, Pedro I de Lusínán, un aventurero coronado y amo de Guillermo.

*La Historia Verdadera*<sup>2</sup> es un curioso poema de amor. Es una especie de autobiografía rimada que consta de 9.000 versos mezclados con prosa. El poeta tenía 60 años y estaba tuerto y gotoso. Recibió una carta de una admiradora, le respondió, y así empezó una correspondencia galante. Guillermo hacía ya de Adonis enamorado, ya de profesor de literatura que corrige los trabajos de su hermosa discípula de dieciocho años.

Esta novela de amor acabó con el matrimonio de la joven con un tercero en discordia. No valía la pena haber rimado tanto. No obstante, el viejo gotoso gozó á lo menos durante algún tiempo la ilusión del amor y el perfume de la flor que otro debía coger. La hermosa se llamaba Perronne d'Armentières. Fué « la Marquise » de aquel pseudo-Corneille, que sin embargo fué mejor tratado que el otro; pero lo mismo que Corneille á Marquise, hubiera él podido decir á Perronne:

Chez cette race nouvelle  
Où j'aurai quelque crédit  
Vous ne passerez pour belle  
Qu'autant que je l'aurai dit<sup>3</sup>.

1. Boccacio, no el desvergonzado autor de obscenos cuentecillos, único que hoy conocemos, sino el gran poeta y moralista; fué el principal maestro de escritores y poetas franceses y españoles en aquella época. Sus imitadores no siempre le trataron con respeto; Rodríguez del Padrón, en su *triumfo de las Donas* le llama « el no menos lleno de vicios que de años, Boccacio »; y agrega que « se había perdido su fama loable por aver fingido novelas torpes ó deshonestas ». *El Triunfo de las Donas* fué traducido en francés en 1160. (N. del T.)

2. Nuestra literatura de aquella época tiene una obra bastante parecida: *El siervo libre de Amor*, del ya citado Rodríguez del Padrón. Es una novela, también autobiográfica, en que alternan los versos con la prosa, y que se escribió hacia 1430. (N. del T.)

3.

Entre la nueva raza,  
Que á mi nombre haga caso  
No pasarás por bella,  
Si yo no lo proclamo.

Y aun así no le prestaron atención largo tiempo. Después de Guillermo, debemos citar á Felipe de Vitry, muy alabado por Petrarca; á Chrétien Legouais de Sainte-More, autor del *Ovidio moralizado*, el último de estos representantes del paganismo cristiano, especie de Julianos Apóstatas al revés, que pretendían conciliar la fe católica con su pasión por la antigüedad clásica y las humanidades.

Juan Froissart<sup>1</sup> á quien citamos aquí entre los poetas, es el mismo famoso historiador de las *Crónicas*. Como poeta tenía gran encanto, fresca de impresiones, ingenio muy vivo, delicadeza de sentimientos, como lo demostró en *La Espineta Amorosa*, donde refiere sus primeros amores con melancólica resignación, y en *la Enramada de Juventud*, que trata de los mismos tormentos y añoranzas.

Fué poeta en un principio y siguió siéndolo cuando, después de abandonar á Valenciennes, pasó á Inglaterra donde dedicó á la esposa de Eduardo III, la reina Felipa de Hainaut, una Historia de Francia en verso, perdida hoy. La reina le conservó á su lado á título de poeta.

Más tarde, al mismo tiempo que recorría el mundo para documentar sus *crónicas*, seguía rimando, ya *virelais* que se cantaban en la corte de Saboya, ya el poema de *Meliador* que él mismo leyó en Orthez en 1338, en presencia de Gaston Phébus, ya la *Historia del Florín*, acerca de un robo de que había sido víctima. Este historiador fué igualmente poeta, como Michelet, el poeta en prosa. Froissart tenía un alma sensible, impresionable, curiosa, abierta á todas las emociones; « la historia, dice precisamente Petit de Julleville, logró atraerle gracias á las emociones dulces y violentas que puede suministrar al que sabe sentir, y á los cuadros pintorescos que pone á la vista de los que saben pintar ».

Eustaquio Deschamps es el Loret del siglo xiv. Nacido en Vertus, en Champaña, cerca de Epernay, y dotado de vivo y malicioso ingenio, fué, en un principio, hacia 1366, correo de gabinete, y como tal, recorrió toda la Europa central y á su vuelta desempeñó sucesivamente gran número de cargos.

Era huraño, pesimista, descontentadizo, gruñón, cáustico y sarcástico, y se hallaba agriado por la experiencia. Las tristezas de su época y de su vida habían vestido su alma de negros crespones. Su aldea natal y su casa habían sido quemadas por los ingleses; aquella época era agitada, turbulenta y sombría; á lo mejor estallaban en las calles de París grandes asonadas y motines populares, como en la jornada de los Maillotins; los ricos huían ante el terrible azote, « y no había gotoso que no corriese como un leopardo ». Los aldeanos padecían la mayor

1. También floreció en Castilla, casi por la misma época, un ilustre cronista, que fué también ilustre poeta: el canciller López de Ayala (1332-1406). Visitó la corte de Francia, tuvo gran favor con Carlos VI, á quien auxilió con su gran experiencia militar en la batalla de Rosebeck, recibiendo por ello, en 1382, título de camarero real y una pensión de 1.000 francos de oro. (N. del T.)

miseria, el país se veía devastado tanto por el paso de los ejércitos como por la guerra; la corte disoluta se mostraba hostil á aquel poeta gruñón que permanecía impassible ante los sarcasmos y completamente entregado á su obra.

Cuenta ésta 80.000 versos, en baladas y rondeles y además un poema, el *Espejo del matrimonio*.

Poeta oficial, cantó los acontecimientos de su época sin entusiasmo alguno, pero oficial, tranquila y gravemente. Sus poesías son como monedas y medallas acuñadas en bronce para dar testimonio de lo presente en lo porvenir. Escribió hermosos versos acerca de Carlos V, y varoniles estrofas sobre Duguesclín.

Sus poesías morales y satíricas son interesantes por el tono vigoroso y la observación de los vicios y ridículos que son siempre los mismos, y que conocemos y reconocemos aún. Hombres de guerra, eclesiásticos y ricos, sobre todo las mujeres, se ven allí retratados con enérgicos é implacables toques; el matrimonio se halla representado con los más negros colores, con una causticidad amarga y una observación justa que á veces llega al tono de la buena comedia<sup>1</sup>.

Agréguese á estas obras un Arte poética, *Art de dicter et de faire chansons, ballades, virelais et rondeaux*, que da útiles consejos para la armonía del verso y su acorde con la música de acompañamiento, — género que vuelve á estar en boga en nuestros días, es decir, la interpretación musical adaptada á la poesía recitada y no cantada, y la música puesta, con relación á la letra, no dentro sino debajo.

He aquí todo lo que hay que decir con respecto al siglo xiv poético.

En el siglo xv debemos citar á Cristina de Pisán, á Alano Chartier, á Carlos de Orleáns, á Marcial de Auvernia, á Martín Lefranc, y á Francisco Villón.

Cristina de Pisán, hija de padres boloñeses, era veneciana. Su padre Tomás de Pisán, astrólogo de profesión, estuvo al servicio de Carlos V, rey de Francia. La juventud de Cristina en la casa paterna fué muy brillante. Á los quince años hizo un magnífico matrimonio. La muerte del rey en 1380 arruinó al padre; la hija quedó viuda á los 25 años con tres hijos que cuidar y proteger contra la codicia de una familia que deseaba apoderarse de la herencia. Ella misma ha pintado su miseria y sus angustias en sus obras, que son como biografías: *Visión de Cristina*, en prosa, y dos poemas: *Cambio de Fortuna* y *Camino de largo estudio*. Retrató la ansiedad de lo que hoy se llama miseria de levita, cuando iba al Palacio á buscar y á acechar á los jueces y abogados tiri-

1. Á fines del siglo xiv y principios del xv, corría un viento antifeminista por toda Europa. Abrió la marcha Bociachacio con su *Corbaccio ó Laberinto de Amor*. En España, después de las graciosas diatribas del Arcipreste de Hita, vino *El Corbacho ó Reprobación del amor mundano* del gracioso Arcipreste de Talavera, Alfonso Rodríguez. (N. del T.)

tando de frío y viéndose á veces objeto de las insultantes y curiosas miradas de los entrantes y salientes. « ¡Qué pesada carga abrumaba mi corazón sólo de pensar que mi triste estado de decadencia fuese descubierto por los vecinos! Bajo mi manto forrado de gris y bajo mi corpiño de escarlata, conservado con el mayor esmero, tiritaba de frío y en mi hermoso lecho de aparato pasaba muy malas noches ». Apenas tenía que comer. Trabajó para vivir, y escribió lo mismo que nuestras modernas literatas. Ella inventó semejante oficio, fué la primera escritora y lo fué por necesidad. Fué autora de profesión. Desconsolada y estrictamente fiel á la memoria de su esposo, escribió versos galantes, porque este género agradaba en aquella época y era de fácil colocación, y porque le valía protecciones y clientes. Siguió las modas y gusto del día, cantando y sonriendo cuando hubiera preferido llorar :

Non, nul ne sait le travail  
Que mon pauvre cœur endure ;  
Aussi je cache ma douleur,  
Pour qu'en nul je ne voie pitié<sup>1</sup>.

Marot, robado, arruinado y enfermo, dirá lo mismo al pedir prestado algún dinero :

Ce pauvre cœur qui lamente et soupire,  
Et en pleurant tâche à vous faire rire<sup>2</sup>.

Escribió mucho, pues la necesidad alentó su natural fecundidad y, si hubiéramos de citar todas sus obras sería la lista muy larga. He aquí las principales : *El Camino de largo Estudio* (1402); *El Cuento de la Rosa* (1402); *Cambio de Fortuna* (1403); *La Ciudad de las Damas* (en prosa); *El Libro de las Tres Virtudes* (en prosa); *La Visión de Cristina*; *Lamentación* (1410); *El Libro de la Paz* (1412); *Poema de Juana de Arco* (1429).

En 1405 nos hace saber que sus obras comprendían ya « setenta cuadernos de gran tamaño ».

Gracias al trabajo pudo recobrar su puesto en la sociedad. Se la ve en una miniatura, en actitud de escribir y en medio de un aparato que no revela escasez. Sentada en un sillón de piedra, vestida con un traje de terciopelo azul y cubierta con una toca de linón, está trabajando en un enorme infolio cubierto con un tapete de color de rosa seca; el tintero

1. No, nadie sabe las penas.  
De mi pobre corazón;  
Porque lástima no inspire,  
Siempre oculto mi dolor.

2. Este pobre corazón  
Que se lamenta y suspira,  
Al mismo tiempo que llora  
Procura excitar la risa.

es de loza azul; el embaldosado de la habitación forma un mosaico policromo, y las ventanas de arco de medio punto están adornadas con rosetones trilobulados de piedra gris. Ella está mirando un lebrél, y todo el conjunto de la composición produce la impresión de una morada rica y de gran estilo.

¿Merecía el éxito que tuvo? Seguramente. Dijo cosas muy sensatas y muy delicadas acerca de la condición y el deber de las mujeres, y el feminismo puede saludar en ella á su más elocuente y más prudente apóstol. Sus protestas contra las groserías de Juan de Meung contra las mujeres, en su *Poema de la Rosa*<sup>1</sup> tuvieron la suficiente eficacia para provocar respuestas de hombres considerables, como Juan de Montreuil, y para merecer la aprobación de Gersón, canciller de Nuestra Señora, que atacaba por su parte el *Poema de la Rosa* en nombre del clero.

Compiló, leyó, anotó y copió mucho. En la *Ciudad de las Damas* nos dejó un resumen de todos los actos de heroísmo debidos á las mujeres; es el libro de oro de las heroínas. En el *Libro de las Tres Virtudes* ó *Tesoro de la Ciudad de las Damas*, trazó los deberes de la mujer. Su historia de Carlos V es muy estimable por los documentos raros que contiene y los retratos de contemporáneos que en ella abundan. Nos presenta en dicha obra un Carlos V muy notable por la vida y la verdad del retrato, pintándonos á aquel rey débil y amigo de su casa, lento y meticuloso, flaco, « de piel morena, de tez pálida, de cara larga, frente ancha, ojos saltones, labios delgados, barba espesa y pómulos salientes ».

El estruendo de las guerras civiles y extranjeras, la invasión inglesa y las desdichas públicas, impusieron silencio á su no muy robusta musa. Lamentóse de los males de su país, deseó la paz y la derrota del populacho (*El libro de la Paz*); por último, se retiró al convento de Poissy y su último canto fué un himno á Juana de Arco, que la llenó de entusiasmo, de orgullo y de alegría. Porque esta italiana se había convertido en una francesa ardiente y patriota. Fué ésta una adopción mutua de la Francia por Cristina y de Cristina por la literatura francesa.

Al enmudecer Cristina de Pisán empezó á cantar Alano Chartier. Guillermo Bouchet en sus *Anales de Aquitania*, refiere — en 1524 — este hecho memorable :

« En el citado año de 1436, el veinticuatro de junio, se desposó Mon-

1. En España defendió con gran brío á las mujeres, por aquel mismo tiempo, el ya citado Rodríguez del Padrón y, en esta honrosa tarea, ya le habían precedido, entre otros, el gran Condestable D. Alvaro de Luna en su *Libro de las virtuosas y claras mujeres*. También se distinguieron como feministas el célebre obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, cuya obra se ha perdido, y Mosén Diego de Valera, autor de la *Defensa de virtuosas mujeres*. (N. del T.)